

EMILIO RODRÍGUEZ ALMEIDA

IN MEMORIAM

Una enorme pérdida para el desarrollo de las Humanidades ha sido el fallecimiento en Valladolid, el 21 de Febrero de 2016, del Dr. Emilio Rodríguez Almeida. Nacido el 10 de Diciembre de 1930, en una de las ciudades que mejor suenan en la toponimia española, en Madrigal de las Altas Torres –donde tiene dedicada una calle– este paisano de Isabel la Católica, después de estudiar entre 1941 y 1954 en Ávila Humanidades, Filosofía y Teología en el Seminario Diocesano de San Millán, marchó a completar su formación en Roma en el año de esperanza de 1956, cuando en el aire comenzaba la carrera espacial. Se licenció en 1958 en el Pontificio Istituto di Archeologia Christiana. Pero mientras los demás escudriñaban el cielo, él sacaba pacientemente sus secretos a la madre tierra de los hombres leyendo los letreros de la Catacumba de Priscila, que fue el objeto de su Tesis Doctoral y que le permitió convertirse en el consumado epigrafista que llegó a ser, mientras completaba su formación como arqueólogo y filólogo. El grado de Doctor lo obtenía el 9 de Febrero de 1968, el año de los grandes cambios sociales en Europa. Para entonces ya había ejercido la dirección técnica de las excavaciones españolas en *Gabii*, en la provincia del Lacio, en 1965. En realidad, por imperativos vitales, él nunca fue docente de número de ninguna Universidad ni organismo oficial de investigación. Pero amó el estudio casi tanto como a su familia y mientras trabajaba seguía la senda o cultivaba la amistad, según los casos, de grandes maestros, como Heinrich Dressel, Guglielmo Gatti, Lucos Cozza, Antonio Maria Colini, Fausto Zevi, Filippo Coarelli, Mario Torelli, Silvio Panciera, Heiki Solin, Pierre Gross, J. Paul Morel, Bernard Liou y tantos otros con los que se puede equiparar.

El Dr. Rodríguez Almeida, a quien la Universidad de Sevilla distinguió de la manera más alta concediéndole el Doctorado *Honoris Causa* el 26 de Abril de 2001, ha realizado una magnífica labor de investigación, en los campos de la Filología y la Arqueología Clásica, así como en el de la Historia Antigua, la mayor

parte de las veces sin contar apenas con subvención alguna. Conoció como pocos la topografía urbana de la antigua Roma, pues no en vano dedicó largos años al estudio de ese mapa en piedra que se nos ha conservado, aunque hecho miles de pedazos, desde que unas excavaciones en 1562 sacaran a la luz lo que el emperador Septimio Severo hizo realizar hacia el año 210, tallado en 150 placas de mármol de las que se conservan trozos de un 10 % aproximadamente. Con una paciencia infinita y una voluntad que iba mucho más allá que la ausencia de financiación, logró identificar a partir de 1973 numerosos lugares, edificios singulares, complejos urbanísticos, hasta el punto de hacer avanzar el conocimiento de la Roma urbana en casi un 20 % antes de que, por fin, en 1987 y gracias al patrocinio de una empresa informática, se pudieran, al menos, realizar planteamientos más avanzados con la aplicación de las nuevas técnicas. Hoy, después de múltiples trabajos parciales, disponemos de una visión general en su *Forma urbis antiquae, Le mappe marmoree di Roma tra la repubblica e Settimio Severo* (Collection de l'École Française de Rome 305/2002, Roma, 2002). Se le considera el mayor experto mundial en el conocimiento de la topografía urbana de la Roma antigua.

Gran conocedor de los textos clásicos modernos y antiguos (a los que su fabulosa memoria les permitía citar de corrido), estudió sobre todo a los poetas satíricos romanos, como Aulo Persio Flaco, Marcial o Juvenal. Los movimientos descritos por los personajes puestos en escena por ellos han encontrado muchas veces su lugar preciso en el paisaje romano gracias a los estudios topográficos de Emilio Rodríguez Almeida, quien con emoción fue recogiendo los nuevos fragmentos aparecidos en 1983, 1995 o 1999 y los fue integrando, con paciente sabiduría, en su lugar preciso. Y si los personajes de las sátiras o de las historias iban cobrando vida al poderse visualizar sobre el mapa, la agudeza como filólogo del Dr. Rodríguez Almeida le ha ido dando sentido a unas palabras que antes carecían de él o estaban mal interpretadas. Nuestro conocimiento de la Antigüedad ha ganado enormemente con su trabajo.

Salvo unos años en los Estados Unidos de Norteamérica, su vida ha estado ligada a la ciudad de Roma. Pero no ha podido ni querido desligarse de los estudios referentes a su tierra de origen, a la que por fin pudo regresar para morir en ella. La amó y estudió profundamente y la Diputación Provincial de Ávila –fue miembro de número de la Institución Gran Duque de Alba– le reconoció su merecida dedicación y amor a sus raíces, otorgándosele el premio Castilla y León de Ciencias Sociales y Humanidades en 2012. Pero los andaluces, y en particular los del valle del Guadalquivir, le debemos mucho más por sus trabajos en un campo como es el de las ánforas del Monte Testaccio, que le han dado fama mundial. Desde 1968 emprendió, una vez más en solitario, por su cuenta y riesgo y sin la más mínima ayuda oficial, el trabajo de recoger material en esa enorme escombrera o basurero que se formó junto al Tíber con los restos de más de veinticinco millones de ánforas, de las cuales casi un 90 % eran con seguridad de lo

que hoy es Andalucía. Nada se había hecho prácticamente al respecto desde que hace más de un siglo el sabio germano-italiano H. Dressel realizara los primeros estudios sobre el lugar y sacado a la luz varios miles de inscripciones, unas impresas o arañadas sobre los tiestos y otras pintadas con tinta sobre la superficie de unas ánforas poco esbeltas, pero que tienen en sus destrozadas paredes escrita buena parte de la historia del olivar andaluz. Llegó a reunir una serie de más de 1.300 inscripciones que se conservan en las colecciones capitolinas.

El Dr. Rodríguez Almeida empleó todo su tiempo libre en tareas de investigación pura. Realizó millares de fichas, publicó una parte y nos cedió siempre con la mayor generosidad el libre acceso al resto a quienes, desde estas tierras, empezábamos a plantear nuevos métodos para analizar lo que pudo ser la economía de la época en que, en el Imperio Romano, el nombre de *Hispania* en general y el de la Bética en particular era sinónimo de riqueza y poder. No podía ser una casualidad, y no lo fue, el hecho de que los primeros emperadores no italianos tuviesen aquí sus orígenes.

La tipología formal de esos envases, establecida de forma diacrónica por Rodríguez Almeida, ha permitido a los arqueólogos, tanto terrestres como submarinos, hablar con bastante precisión a la hora de fechar muchos yacimientos. ¡Cómo ha avanzado nuestro conocimiento de la difusión y dispersión del aceite andaluz, desde Marruecos a Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc. hasta llegar a regiones como Hungría, Grecia, Israel o Egipto, gracias a este tipo de estudios sobre la cronología de los tipos! ¡Qué fecundo ha sido su magisterio sobre otros autores posteriores!

Pero si ello hubiera bastado para que los investigadores de la Antigüedad viviésemos una gran deuda de gratitud hacia Emilio Rodríguez Almeida, lo dicho no constituye más que una pequeña parte de su inmensa labor. Una de las principales peculiaridades del Testaccio reside en que los restos anfóricos han sido depositados allí siguiendo un elaborado plan que ha permitido crecer al Monte de forma organizada para evitar derrumbes, al tiempo que la cal viva, arrojada sobre los tiestos empapados en aceite, impedía el mal olor y las enfermedades, mientras colaboraba en la consistencia del conjunto. Los depósitos fueron realizados, pues, de forma sincronizada, lo que, ya de por sí, permite establecer una cronología relativa de las marcas que los alfareros dejaron sobre el barro aún fresco. Pero es que además, desde fines del siglo I al menos y hasta mediados del III, todas las ánforas llevan escritos un gran número de datos, entre los que figura la fecha. La escritura, estudiada por Rodríguez Almeida con vocación de paleógrafo (otra de las ramas en la que su prestigio es indudable) está realizada con cálamo y tinta negra en estilo cursivo. Hemos podido así conocer mejor los hábitos de escritura de los antiguos béticos de hace dieciocho o diecinueve siglos, de tal forma que se ha podido detectar incluso la existencia de determinadas “escuelas” caligráficas, como la cordobesa o la astigitana. Además, dado que se trata de

apuntes administrativos, con una lengua más cercana a la hablada que la que normalmente reflejan los textos literarios o las inscripciones sobre piedra o bronce, hemos podido conocer mejor la evolución de nuestra lengua en los comienzos de nuestra era.

Emilio Rodríguez Almeida no sólo ha hecho aumentar considerablemente la nómina de los personajes que se hicieron cargo del envasado y la difusión del aceite andaluz, estableciendo relaciones entre las familias de comerciantes que aparecen en los rótulos y la epigrafía monumental de las riberas del Guadalquivir, sino que ha establecido nuevas series en las que demuestra de forma clara que, a partir de fines del siglo II o comienzos del III, el emperador interviene directamente en el proceso poniendo su nombre donde antes aparecía el de los comerciantes. Ello ha dado pie a conocer una faceta intervencionista directa del Estado romano en el proceso de distribución que antes se ignoraba. Lo que podríamos llamar el proceso de “egiptización” progresiva de Roma ha encontrado una nueva luz con estos documentos encontrados y estudiados por el Dr. Rodríguez Almeida.

Las mismas marcas de alfarero que se encuentran sobre el Monte Testaccio aparecen en las orillas del Guadalquivir y del Genil, pero también en la zona gaditana y en la costa malagueña, en los numerosísimos yacimientos arqueológicos que corresponden a antiguos alfares dedicados, fundamentalmente, a la fabricación de las ánforas que vemos en el Testaccio. Se puede saber, por tanto, en muchas ocasiones el lugar y la fecha precisa de producción. A veces se puede saber incluso el mes en que se coció el ánfora, pues con cierta frecuencia los alfares, aparte del sello o sellos que solían imprimir en el asa, dejaban anotadas cuestiones que para ellos eran importantes sobre el barro fresco mediante una punta dura. Este es otro de los campos donde el Dr. Rodríguez Almeida ha abierto nuevas vías, no sólo ayudando a entender la lectura de esas letras garrapateadas, sino también estableciendo su relación con los otros datos pintados, de forma que podemos en algún caso saber cuánto duraba el proceso de almacenamiento de los envases antes de su uso, lo que plantea problemas logísticos que ayudan a los arqueólogos a comprender mejor determinadas estructuras de almacenaje.

Las ánforas llevan también pintadas unas cifras que nos indican su peso vacías (unos 30 kilos) y el peso del aceite en ellas envasado. Ello ha permitido al Dr. Rodríguez Almeida afinar estudios de metrología, observando el establecimiento de una tendencia a los estándares, en torno a un peso de aceite de 216 libras (unos 70 kilos), que ayudan a comprender los procesos de control de almacenamiento y previsión de embarques para el transporte.

Esas mismas cifras, o por lo menos la principal, la que hace referencia al peso del aceite contenido en un ánfora concreta, vuelve a aparecer recogida en el antes citado control cursivo, que se pintaba junto el asa que quedaba a la derecha del rótulo que indica el nombre del comerciante o difusor. Hay otras cifras, relativas al

orden de la partida en la expedición, y también el nombre del distrito fiscal donde se ha efectuado el control (Córdoba, Sevilla, Málaga, Puerto Gaditano y sobre todo Écija, que es el que en más ocasiones se ha registrado) y, lo que es de gran importancia para el estudio de nuestra antigua economía, el nombre del aceite, con referencia a la finca y/o al productor del mismo. La nómina de los aceiteros (entre los que se encuentran algunos personajes de alcurnia) ha sido elevada considerablemente por Rodríguez Almeida, de modo que vamos pudiendo empezar a conocer, mucho mejor que en cualquier otra parte del Imperio Romano, la estructura productiva de nuestro antiguo olivar y el sistema de relaciones establecido entre las familias que tienen el poder en muchas de las ciudades ribereñas de ese Guadalquivir que era posible remontar, navegando con barcas, hasta Córdoba y, por el Genil, hasta Écija. El puerto de Sevilla, punto de conexión durante mucho tiempo entre la navegación fluvial y la marítima, empieza a desvelarnos, por simple cálculo y sin contar con las inscripciones pertinentes al tema encastradas en la Giralda (entre ellas la del magnate astigitano M. Julio Hermesiano, presidente de la asociación de aceiteros), la magnitud de su tráfico.

En 1982, cuando el grueso de este trabajo estaba ya en buena medida realizado, se decidió en un *Congreso Internacional sobre Producción y Comercio del Aceite de Oliva en la Antigüedad*, celebrado en la ciudad de Sevilla, poner en marcha una labor que permitiera darle carácter oficial, por medio de excavaciones regulares, a la tarea realizada en solitario por el Dr. Rodríguez Almeida. La planificación del proyecto, que había de ser desarrollado en principio por la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de Roma y la Universidad de Barcelona (lo dirige el Dr. Remesal Rodríguez), que se encargaron de buscar los fondos, fue encomendada obviamente a quien más entendía del tema. Por entonces el Dr. Rodríguez Almeida vivía en California, lo que no le impidió, a lo largo de tres años, poner en pie en un país distante la organización de tan magna obra, de la que al final controló las primeras excavaciones sobre el propio Monte en los años 1989, 1990 y 1991. Aún se vive de las rentas de aquello y una generación de jóvenes investigadores está tomando el relevo en los trabajos en medio de esperanzadoras expectativas.

Lo que hemos podido avanzar los investigadores de la economía de la antigua Bética gracias a los trabajos emprendidos por el Dr. Rodríguez Almeida no es muy difícil de imaginar. Con series documentales fechadas, como las que ha ido poniendo a nuestra disposición, se ha podido emprender la realización de una serie de Tesis Doctorales que van desvelando, por vez primera y sin precedentes en otros lugares de Europa, la evolución de una parcela económica fundamental, como es la implicada por el aceite de oliva, que, combinada con los datos ofrecidos por otros materiales que no ofrecen la misma precisión, está ayudando a comprender con bastante profundidad el proceso evolutivo de la economía bética en los siglos I a III de nuestra era. El gran maestro pudo sentirse más que orgulloso de la labor hasta ahora realizada.

No debe extrañar por tanto a nadie que, pese a no haber estado ligado económicamente de forma estable nunca a ninguna institución académica, se haya reconocido desde hace tiempo la labor de este magnífico investigador en los campos de la Arqueología Clásica y la Historia Antigua, y que haya ejercido una actividad académica como *lecturer* o en calidad de *visiting professor* en respuesta a la invitación de distintas Universidades y Academias. Es así como, en su calidad de conferenciante, ha dado lecciones en Universidades italianas y españolas (Roma, Bari, Viterbo, Perugia, Madrid, Sevilla, Barcelona, Santander...) y en muchas otras europeas (Aix-en-Provence, Marsella, Berna, Basilea, Lausana...) y americanas (U.C. Los Ángeles, U.C. Irvine, Stanford o Berkeley). En el desempeño de su faceta como docente invitado, ha impartido seminarios de las especialidades de anforología, topografía urbana de Roma, epigrafía anforaria cursiva en las Universidades de Roma, Perugia y Berkeley, así como cursos de autores latinos en Berkeley.

El profundo conocimiento de los temas en los que era especialista ha hecho también que, desde 1970, participara asiduamente en las actividades de todas las principales academias internacionales de Arqueología Clásica de Roma, tomando parte en sus congresos con comunicaciones y ponencias y publicando en sus órganos de información científica, como se puede observar en una breve ojeada al listado de sus publicaciones. Ha sido miembro de número de la Pontificia Academia de Archeologia di Roma y también del Deutsches Archaeologisches Institut de Berlín, y fue Doctor vinculado de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma entre 1993 y 1995. En Écija fue nombrado miembro de la Real Academia Vélez de Guevara. Su activa presencia en Roma, sus relaciones con las personalidades científicas más destacadas y, sobre todo, su carácter acogedor, han hecho posible que muchos de nosotros o de nuestros alumnos hayamos podido conocer de cerca el calor de un maestro consumado como es él y hayamos podido sacar provechosas lecciones de un hombre tan buen conocedor del mundo antiguo como lo fue Emilio Rodríguez Almeida.

Pasó sus últimos años Emilio Rodríguez Almeida en Ávila, donde se estableció en 2001, ocupándose principalmente de temas arqueológicos y artísticos de la ciudad y su territorio, temas que, en realidad, no abandonó nunca, sin dejar nunca de escribir y publicar. En imprenta queda su monumental estudio de los puentes romanos de Ávila, un tratado al que ha dedicado más de diez años de estudio *in situ*, y que constituye una verdadera revelación de la romanización de esta provincia, a partir de los viejos caminos de los ganaderos celtas.

Descanse en paz el maestro y amigo, quien fue “la memoria viva de Roma” en palabras de Claude Nicolet.

GENARO CHIC GARCÍA